

Anna Caballé

El feminismo en España

La lenta conquista de un derecho

SEGUNDA EDICIÓN

CÁTEDRA
La historia de...

ÍNDICE

NOTA PRELIMINAR	9
CAPÍTULO PRIMERO. El feminismo, hoy	11
CAPÍTULO 2. Las celdas de los conventos: las raíces religiosas del feminismo	33
CAPÍTULO 3. No darnos maestros	55
CAPÍTULO 4. En grave empeño me pongo	63
CAPÍTULO 5. La pluma y el dedal	79
CAPÍTULO 6. El nuevo huésped	137
CAPÍTULO 7. La casa se hunde	211
CAPÍTULO 8. Casa, cocina, calceta	231
CAPÍTULO 9. El placer es mío, caballero	269
CAPÍTULO 10. De la mujer a la biomujer	313
BIBLIOGRAFÍA	325

NOTA PRELIMINAR

¿Cómo sintetizar la experiencia histórica del feminismo hispánico en un libro manejable? El principal problema al que he debido enfrentarme ha sido la abundante bibliografía disponible, de la que, lógicamente, solo pueden ofrecerse algunos ejemplos significativos. Paradójicamente, esa bibliografía convive entre nosotros con un vacío notable y es la falta de una obra, u obras, que la integren en un discurso coherente, compacto y exhaustivo sobre lo que ha significado el feminismo en España a lo largo del tiempo. Y en especial en los intensos años de la Transición, todavía pendientes de estudio hemerográfico. Por ello, este libro aspira a aportar su grano de arena a la construcción de un relato que nos es imprescindible. Mi modelo, para ello, no han sido los libros «de género», de un pudor metodológico que muchas veces requiere arduas explicaciones, sino la búsqueda de la claridad y de un cierto atractivo narrativo. Que lo haya conseguido o no es cosa que deben juzgar quienes lean el libro.

Sintetizando aquí las muchas lecturas y conversaciones mantenidas sobre la naturaleza del feminismo en España, he llegado a la conclusión de que su consideración y estima sería muy distinta de la que es de no tener en cuenta la extraordinaria y decisiva aportación del hispanismo estadounidense. Autoras como

Geraldine Scanlon, Shirley Mangini, Susan Kirkpatrick, Noël Valis, Maryellen Bieder, Alda Blanco, Catherine Jagoe, Constance Sullivan, Alison Weber y tantas otras se anticiparon al rescate de nuestras escritoras, ofreciendo lecturas e interpretaciones que estaban a años luz de las ofrecidas hasta entonces por los historiadores de la literatura. Mi primer agradecimiento es para todas ellas, figuren o no en este modesto libro, por el vuelco que dieron a nuestra percepción intelectual del feminismo hispánico. Nuestra deuda es y será imperecedera.

Por último, solo me queda dar las gracias al historiador Ricardo García Cárcel, que tuvo la amabilidad de proponerme la idea. Agradezco asimismo a Lidia Falcón, Josefina Molina, Cristina Peri Rossi, Marta Pessarrodona y Laura Freixas tanto las aclaraciones a mis preguntas como sus siempre sagaces y atinados comentarios; y a Eloy Fernández-Porta sus préstamos bibliográficos que me fueron de gran utilidad. Doy las gracias también al Servicio de Bibliotecas de la Universidad de Barcelona por la paciencia y la gentileza con que acogieron las innumerables peticiones que les he hecho a lo largo del trabajo.

Y, por supuesto, gracias a mi familia que mantiene su apoyo indeclinable a mi trabajo. A Elena, por su valentía ejemplar ante la adversidad, un recuerdo especial. Va por ti, hermana.

CAPÍTULO PRIMERO
EL FEMINISMO, HOY

1

Con pocas semanas de diferencia he leído dos libros en los que sus autoras, reconocidas periodistas y escritoras de prestigio, hacen saber a sus lectores que sus obras, o mejor, el planteamiento que se hace en ellas, no es feminista. En ambas, la experiencia personal, por diferentes motivos, se cruza con la experiencia histórica, pero los dos libros aspiran a modelos o referencias todavía más amplias e intentan despejar del horizonte la interferencia feminista. Les restaría lectores tal vez, las ubicaría en un gueto al que pocas escritoras españolas tienen mucho interés en pertenecer. La pregunta es ¿por qué? ¿Por qué esa ansiedad por desprenderse de una hipotética etiqueta feminista? Cualquier respuesta posible sugiere que el feminismo no reúne a su alrededor la empatía suficiente como para que esas dos valiosas mujeres deseen que se las identifique con él. Esto suena muy desalentador, sobre todo si lo tomamos como un hecho que no es particular, sino bastante generalizado. ¿Cómo se ha llegado hasta aquí? El horizonte intelectual del feminismo no ha sido precisamente estrecho y, sin embargo, no parece ser lo su-

ficientemente dilatado. Necesitamos respuestas, explicaciones, nada de lecciones simples que nos alejen de la verdad...

«Yo soy una radical feminista. Creo que todos los derechos que tiene el hombre debe tenerlos la mujer», sostenía Emilia Pardo Bazán en una relajada conversación con el periodista y autor de novelas galantes José María Carretero (firmaba como *El Caballero Audaz*), en 1914. Con la firmeza y energía con que solía defender sus convicciones, la novelista gallega sostenía en voz alta la necesaria igualdad jurídica que debía existir entre ambos sexos y las dificultades que hallaban las mujeres para alcanzarla entrado ya el siglo xx. La falta de una educación adecuada les impedía saber cómo abrirse camino por ellas mismas, pero, sobre todo, la mayor dificultad radicaba en su falta de conciencia: «La clave de nuestra regeneración [social] está en la mujer, en su instrucción, en su personalidad, en su conciencia». Es decir, que Pardo Bazán era crítica con la actitud de las mujeres ante el cambio de mentalidad que proponía el feminismo y se mostraba convencida de que solo ellas podían empujarlo hacia delante: «Si muchas mujeres siguieran mi ejemplo, el feminismo en España sería un hecho». Lo cierto es que ella se había enfrentado en numerosas ocasiones a la incomprensión general: la seguridad que destilaba su comportamiento, sus ideas avanzadas, su deseo explícito de integrarse en el canon literario y la forma en que protagonizaba la vida intelectual despertaban numerosas antipatías y animadversiones, casi podría hablarse de un amplio rechazo hacia su persona que ella conocía y naturalmente le dolía, aunque no por ello variara su actitud.

La autora de *Los pazos de Ulloa* es un hito del feminismo español, una intelectual que, en paralelo a su obra de creación, maduró intelectualmente (no tienen por qué ir ambas cosas de la mano) y se comprometió con los problemas de su tiempo. Uno de ellos era el retraso de la mujer, tratada a finales del siglo xix como un ser intelectualmente inane y necesitado de guía y adoctrinamiento. La

actitud de Pardo Bazán fue ejemplar, por más que se quisiera ridiculizar su comportamiento de gran dama o su afán de estar al día de las novedades que circulaban en Europa. Fue nuestra Madame de Staël y, al igual que la escritora francesa, hizo esfuerzos sobrehumanos para ingresar en el mundo de la Cultura en mayúsculas, forjando, muy a su pesar, el cliché de la virago intelectual. Y es que en aquel período de acceso a la vida profesional, las mujeres, algunas mujeres, hacían lo posible por incorporarse a unas formas artísticas ya creadas y adaptadas todavía como un guante al universo masculino. Durante muchos siglos los hombres de las clases dirigentes conservaron en sus manos el usufructo del patrimonio cultural. Durante siglos se constituyeron en un grupo aislado, conformando el pensamiento y la conducta tanto del resto de los hombres como de todas las mujeres. Fueron los aliados del poder, o bien sus enemigos cuando ansiaron sustituirlo. En todo caso, ellos lo manejaban y las mujeres habían quedado al margen de él. La supuesta ineptitud femenina para acceder a la Cultura —y no como meras aficionadas— apenas si había sido impugnada, durante siglos, por algunas valientes mujeres (por ejemplo, la poeta medieval francesa Christine de Pizan) que ya reclamaron su deseo de conocer el mundo desde una clave que les fuera propia.

Pero fue en el siglo XIX cuando esa aspiración rompería los diques de la servidumbre intelectual y alzaría, poderosa, su propia voz. Con temor por su arrogancia, muchas de ellas —no doña Emilia— se ubicarían en lo que podría llamarse un «feminismo femenino», para contraponerlo al feminismo, supuestamente sin feminidad, que divulgaría a finales de siglo el sufragismo. Nuestras escritoras del siglo XIX harían lo imposible para compatibilizar sus anhelos de realización profesional con los deberes domésticos a los que no deseaban renunciar. En este sentido, son nuestras predecesoras inmediatas, las primeras en difundir un mensaje ciertamente liberador y reivindicativo, aunque marcado por la inseguridad y el miedo al fracaso. Las primeras en